

# LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

PRECIOS DE LA SUSCRIPCIÓN  
MADRID: ED. DE LA MAÑANA UNA PTA. MRS.  
PROVINCIALES Y PORTUGAL 5 PTAS. TRIM.  
EXTRANJ. Y ULTRAMAR. 12 PTAS. TRIM.  
PRECIO DE LA VENTA.  
Por menor: 5 céntimos elemplar.  
Por mayor: 90 céntimos 30 números.  
PUNTO ÚNICO DE SUSCRIPCIÓN.  
MADRID. FACTOR, NUM. 7.

DIARIO POLITICO Y DE NOTICIAS  
ECO IMPARCIAL DE LA OPINION Y DE LA PRENSA.  
NACE TRES EDICIONES: A UNA PESETA LA DE MADRID DE LA MAÑANA.

REGIO DE LOS ANUNCIOS  
UNA PESETA LINEA.  
Los anuncios de primera plana, reclaims, etc., financiados referencias y Sociedades, á precios convencionales.  
Se reciben exclusivamente en esta Administración y en la Sociedad General de Anuncios, ALCALA 6 y 8, entlo.  
En el extranjero se reciben exclusivamente por el Agente Havas & Co. (Place de la Bourse, 8) y por todas sus sucursales.

ANO XLIII. NUM. 12465

Madrid, Lunes 23 de Mayo de 1892

OFICINAS, FACTOR, 7.

EN SOMBREROS HEMOS RECIBIDO preciosas novedades.—Ver nuestros precios, son convenientísimos.—Madama Bernette, Barquillo, 27, bajo.

## UN MUNDO MUERTO Y UN MUNDO NUEVO

Yo en las columnas de *El Liberal*, he muy pocos días, la elocuentísima imputación que D. Emilio Castelar, que el orador entre los oradores, hiciera, que el celtiano nuevo, un nombre de libertad antigua; leía yo la maravillosa página con el delirio que produce el triunfo del arte sobre esa trinidad terrible que se llama el verbo, el sustantivo y el adjetivo, y, venciendo de la fascinación meramente estética, obraba en mi el asombro que causan los grandes errores cuando aparecen validados por los grandes talentos.

A propósito del socialismo moderno, invocaba el Sr. Castelar la democracia griega, la libertad romana, las sombras de Pericles y Catón, y recordaba *Quezon* y *Filiopos*; Alejandro tras los demagogos atenienses; *Incitatus* casi con sus Cicerón muerto y escarnecido por los catilínicos con el cesarismo triunfante. El Agorero eternamente callado: el Foro eternamente desierto; la tribuna de los Rostros volcada para siempre. Hé aquí—dice el Sr. Castelar—la obra varia y una del socialismo; la perdurable filosofía, la enseñanza profunda que nos ofrece la historia.

¡Es, en realidad, sorprendente! Es en realidad sorprendente que espíritu tan lleno de luz, como el espíritu del Sr. Castelar, pueda aplicar reglas de una misma crítica á sociedades y hechos tan distintos, tan opuestos, tan contrarios entre sí. Nuestra admiración por el mundo antiguo no puede excusar cierto convencionalismo: la esclavitud, la barbarie en el derecho penal, la brutal sencillez de costumbres, ¿cómo podrán ajustarse á los cánones de nuestra crítica moderna? Grecia, Roma. Todo aquel mundo es admirable, pero á distancia, estableciendo convenientemente la solución de continuidad que han impuesto nuevos tiempos y gente nueva, arrojada por cien tempestades de la Historia sobre las ruinas de lo antiguo. Grecia y Roma, Pericles y Alejandro, Cicerón y Catilina, Catón y César, el *demós* y la plebe, el Agora y el Foro... ¡Y qué! ¿Dónde está, ni aquí ni allí, ni siquiera la semejanza de aquello que el mundo? Por ejemplo: la elocuencia de Demóstenes llega á producir obra tan pasmosamente perfecta como la oración *Por la Corona*.

Ni Esquines en su acusación formidable, ni Cicerón en su primer Catilina, llegan hasta el cielo. Solo Castelar puede, en un lenguaje de Demóstenes, y sin embargo, siendo en ambos idiomas idéntica la elocuencia, ni Castelar ni nadie se atreviera á emplear la desearnada injuria y la desnuda invectiva con que Demóstenes salpica su inmortar oración... «Tu madre era una ramera... Tu padre era un esclavo...» Por tanto ¿cuánto te vendiste á Filipo? Cicerón en el Senado de César bromas brutales al respecto de sus obligaciones con el rey de Bithynia; á Catilina echale por menudo la cuenta de las trampas y calaveradas más secretas de su juventud. En nuestros tiempos, después de mucho trabajo, se encuentra un novata de decima fila, un Quesney de Baupaire, que se preste á lanzar acusaciones semejantes contra Bonaparte, pero echando por encima un todo de literatura candelerosa. ¿Qué tiene que ver el

mundo antiguo con las dos maravillas oratorias de Castelar: con el discurso por la libertad religiosa y con el discurso por la libertad de los negros? Aun la misma oración del 3 de enero obra personalmente, terrible, sangrienta, como toda la retórica es producido espontáneo de la pasión, jamás podría haberla imaginado el más grande orador de la antigüedad; aquella pasión exclamando *«La quemásteis en Cartagena!»* es bien distinta de aquella otra que tomando por pretexto la suerte de Atenas, hacia gritar á Demóstenes dirigidos á Esquines: «¿El infante de los cielos, el mayor monstruo de envidia ¿no es ¡dioses inmortales! ese hombre? ¡Citaré á su madre, cambiando de marido cada día y educándole entre vicios y liviandades.»

¿No! Ni aun en lo más extraño de las costumbres existe la identidad; mucho menos en los conflictos sociales.

Bien está que se respeten las clasificaciones históricas: bien está que hablando de Grecia y Roma se admita la existencia de una democracia ó de una plebe más ó menos libre. Es asunto de palabras. Pero no es asunto de palabras como de tomar la democracia antigua como término comparativo de la democracia moderna.

¡Qué comunidad de ideas puede establecerse entre los demócratas de estos y aquellos tiempos? La democracia griega y la plebe romana eran, aunque parezca paradójico, aristocracias organizadas, aristocracias por raza y por nación. Al lado de aquel mundo de artistas, filósofos, oradores, guerreros y políticos, existía una plebe que conocía la fuerza de sus armas y el predominio de sus ideas, otro mundo existía; otro mundo sin derechos, sin libertad, sin ideales, sin personalidad, sin esperanza... Mientras la plebe y el patricio discutían: mientras los *demós* y los oligarcas luchaban por el poder político, el esclavo cuidaba de proveer al sustento de aquellas razas dominadoras y brillantes.

Y ¡qué esclavitud! No podía endulzarse ni aun la inconsciencia con que han soldo cometerse á tal estado los pueblos más rudos y salvajes de Africa. No era el esclavo griego ó romano un negro de torpe y mezquina conformación cerebral; salía de aquellas regiones de Europa que, andando los siglos, habían de llevar la dirección intelectual y moral de los mundos. Y si por este lado tenía que aparecer insostenible y del todo monstruosa la iniquidad de aquella esclavitud, aun puede por sí misma, sin más consideración que la de su mera existencia, arrojar una mancha eterna sobre la historia de Grecia y de Roma.

«Comparadas—dice Laurent—la esclavitud antigua y la esclavitud moderna, ésta es una gota de agua al lado de un Océano de amarguras. Y lo que es todavía más deseperante: aquellos filósofos, aquellos oradores, aquellos demócratas que todo lo investigan y todo lo discuten, que tienen la pasión del derecho y la obsesión de la libertad, no llegan, ni por casualidad siquiera, á darse cuenta de tan tremenda anomalía, de injusticia tan espantosa.

Tiene Aristóteles un atisbo en su *Política*, pero aun siendo el único que detiene un momento ante el problema, apresurase á volverle la espalda y á escribir, como de pasada, estas ó parecidas palabras, indignas de su nombre y de su genio: «Si la reusa hilase, y el telar tejiese sin necesidad del hombre, bien podría prescindirse entonces del esclavo». Aristóteles bácelo sonreír, con lástima ó acaso con desprecio, la extravagancia de los pocos ilustres que hubiéranse atrevido

en Atenas á discutir la legitimidad de la esclavitud. En las concepciones platónicas, en los diálogos socráticos, sobre lo bueno, lo bello y lo verdadero, la humanidad es siempre y en todas partes la humanidad romana. En la ficción de Sócrates no hay átomo que deba ponerse á cuenta de una idea contraria á la esclavitud. Pudo el maestro de Platón querer quebrantar el Olimpo; la división de la ciudad en dos castas, no le inspiró nada.

En Roma acontece lo propio... El suicidio de Catón, puede ser para el Sr. Castelar el signo de muerte de la libertad romana. Pero la libertad romana, ¿era un estado de derecho? ¿era una idea absoluta de moral? ¿era una verdadera relación jurídica?

Entre César y sus enemigos, entre éstos y Octavio, después de venir, como entre Augusto y Antonio, más tarde, disputábanse prerrogativas de clase y derechos de oligarquía. Victorioso el Senado ó triunfador el cesarismo, las ideas de humanidad, el concepto social moderno y cristiano, tan lejos estaban de unos como de otros combatientes. Espartaco, con sus legiones de esclavos insurrectos, y cerca de Catilina y la brenda su ayuda, Catilina, le respondió:—«¡Apártate; éste es negocio de hombres libres!»

Recordando todo esto, ¿se puede hacer la crítica del socialismo contemporáneo, tomando como término de comparación la historia de pueblos donde la palabra libertad no tuvo nunca un sentido humano, ni la demagogia y el socialismo perdieron Grecia y Roma, no hay en cambio para nosotros, en nada de lo que allí cae, cosa alguna que represente uno solo de nuestros sentimientos igualitarios, una sola de nuestras ideas de justicia.

Mueren con Grecia y Roma muchas cosas amables; difícilmente se comprende como llegan á encenderse en Europa, en medio de la barbarie universal, aquellas inmensas luminarias; pero más difícilmente se alcanza cómo podría bastar á nuestras ansias, á nuestra fraternidad en Cristo, á nuestro corazón, sangrando siempre por mil causas humanas, el ambiente, el molde moral de aquellos pueblos.

Levantán, es verdad, levantán y escullen el Partenón; idealizan la piedra, embellecen la Naturaleza, haciendo de sus rumores, de sus fuentes, de sus bosques, de sus campañas, de su sol y de sus mares, espléndido Olimpo lleno de luz y de alegría; hay en sus héroes fiero desprecio á la muerte; hay en sus gobernantes capacidades insuperables; hay en su vida social fastuosidades y refinamientos no igualesados por los pueblos modernos; pero falta algo más grande, más hermoso, más divino que todo eso: el amor.

El bárbaro, el hombre primitivo, permanecen bajo la toga ó la clámide. El *«kamaos los unos á los otros»*, se ignora en aquel mundo; la piedad no tiene lengua. En Grecia y Roma solo arde y relampaguea el genio, pero fríamente como los focos de nuestra luz eléctrica; la moral es una relación política, una relación formal... La perversidad del circo no resulta más que á nuestros ojos; el romano, fundado en sus costumbres y en sus leyes, arrojaba el gladiador á la arena como echaba carne de esclavo á las carpas de sus estanques, sin conciencia del mal.

Era imposible para todo lo que no fuera familia solo una fuerte institución civil, el matrimonio se disuelve por una argucia cualquiera del cónyuge varón. En Suetonio se advierte con cuánta facilidad repudian á sus mujeres los emperadores y los caballeros. Augusto *«toma»* á Agripa, al yerno de su hermana Octavia, para casarlo con su hija Julia. Por

su parte, repudia primero á la hija de Servilio Isaurico, después á Claudia y mas tarde á Scribonia, deteniéndose al fin en Livía que va en cinta en vida de su marido á caer en los brazos de Augusto y á hacerle á Roma el regalo de Tiberio. El sentimiento caballeresco del honor conyugal no debía ser muy vivo; mucho menos del amor como nosotros lo entendemos. El amor no era casto ni era honder: carecía de llama. Ovidio que es el poeta latino más humano llegaría á ser repugnante sin la gracia y el soberano resplendor de ingenio con que nos delumbra y seduce; Horacio canta de verdad del vino y del campo, muy de prisa el amor; si Virgilio tiene una página patética hay que buscarla en la *«Eneida»* donde el poeta no vive. En la muerte de *Dido* hay algún calor del nuestro; pero casualmente, por mero artefacto poético; si ese calor hubiere enardecido el alma de Virgilio, no serían sus eglogas pecados de inverosímiles afecciones, en vano protegidos por un arte supremo y una ingenidad primitiva.

Precisamente sí, por algo, del Renacimiento y de sus glorias puede renegarse, es por haber hecho de nuestro mundo moderno una tremenda antinomia que aun no han podido resolver cien revoluciones sangrientas. Al lado del arte reconstruido el antiguo derecho: aquel arte fecundo, porque el arte se acomoda á todos los tiempos y á todas las latitudes; el *«desjus abundi»*, la *«lata lex»*, el formalismo legal, mató en flor la espontaneidad de los pueblos apenas salidos de las sombras de la Edad Media y de los brazos educadores del Cristianismo, y hoy, el conflicto, no es más que eso: la imposibilidad absoluta de acomodar la luz nueva, el trabajo, el capital modernos, las energías y necesidades sociales, desconocidas de los antiguos, al derecho creado y definido por una civilización que, fuera del arte, no creyó en nada de lo que creamos ni amó nada de lo que amamos.

JULIO BURELL

## ACTUALIDADES

### Fiesta en un Manicomio

«A los que conserven idea de los antiguos manicomios, mansión de horrores y tristezas, donde la razón humana se revuelve entre sombríos delirios y exaltadas divagaciones, parecerá imposible la realización de una fiesta en estos recintos mirados por el vulgo con el supersticioso temor que despierta su tenebrosa leyenda. Pero cuando la caridad, la ciencia y el arte se ejercitan dignamente, embellecen cuanto tocan, envolviéndolo en la atmósfera de las ideas puras, y entonces la alegría es como el sol, no reconoce vedado; llama á todas las ventanas y es huzped de todos los hogares. El doctor Ezquerdo ha derrochado en su magnífica casa de salud tesoros de piedad, prodigios de ciencia y primeros de arte, mitigando con ellos las tristezas de la vida manicomial. Para celebrar las últimas reformas introducidas congreso ayer el eminente alienista en su mesa á cuerdos y no cuerdos, y la razón y la locura comieron bajo el mismo techo y en los mismos mandales, como dos buenas hermanas. Nadie, al ver anoche el nuevo y espacioso comedor que se inauguraba, lleno de distinguida concurrencia, espléndidamente iluminado con luz eléctrica, embellecido con flores y con música, se hubiera creído entre los muros de una casa de dementes.

Todo contribuye allí á embellecer la triste realidad. Está colocado el manicomio en una eminencia de la campiña *«carabanchelera»*, rodeado de campos cultivados con lozana y bosquecillos de árboles plétóricos de savia nueva que anima con naticos de frescura sus ramos y sus hojas. Amplios horizontes se descubren desde las galerías y torrecitas de los pabellones. Estos tienen reminiscencias de torrecillas moriscas. Declives del terreno, suaves altozanos, caprichos, en fin, de la naturaleza ocultan esa eterna nota triste de los campos madrileños: los cementerios. El *«manicomio»* de los manicomios, no eleva sus muros sobre la tierra y la antigua ermita que le da nombre, oculta con su mole ruínosa aquel olvidado campo de los muertos. Desde el manicomio solo se descubre á lo lejos la mancha azul y ondulosa de la sierra, el panorama de la villa madrileña, los dos Carabanchales que muestran de los huesos; las agudas torres del polvorín, las baterías del campamento y la llanura dilatada é inculta.

Al manicomio hay que llegar á campo traviesa é internarse en un pinar que sirve de guarda brisa al edificio. El pinar es una nota oscura y melancólica en aquellos campos: huzped exótico de la llanura, parece sentir la nostalgia de aquellas montañas remotas. Cuando nos encontramos fuera de su sombra, aparece enfrente el manicomio, con sus paredes alegres, caladas por numerosas ventanitas y sus pabellones almenados.

Más que una casa de locos, parece la residencia campestre de algún magnate, ó una floriente colonia agrícola. No se desvanecen por completo esta ilusión cuando se pasan los umbrales y se descubre el verdadero carácter de aquel palacio: porque allí, al lado de una esmerada y continua labor científica, se descubren vestigios de fructíferas industrias agrícolas. La atmósfera especial y característica de los manicomios desaparece envuelta entre perfumes campestres.

Acompañados de los atentos y cumplidos servidores del manicomio, recorrimos todas sus dependencias. Sorprendidos múltiples fases y aspectos de locura entre aquellos infelices, en los cuales la luz de la razón tiene brillantes apariciones, melancólicos crepusculos, rápidos eclipses y eternas lobregueces. Unos salían á nuestro encuentro saludándonos cariñosos y proporcionándonos espontáneamente datos de las enfermedades y manías de sus compañeros de vida; otros, hablando de los sonidos grandezas, nos daban encargos para desconocidas prisiones, como pudiera haberlo el ingenioso hidalgo con su crédito escudero; algunos, sentados en cualquier banco del jardín, movían tristemente la cabeza, mientras fijaban sus pupilas brillantes en el cielo, como si aquella fuese la patria de sus delirios, y otros pasaban al entrecertero é inclinaban la cabeza como herida de muerte por crueles ideas... En las celdas de los enfermos, en los gabinetes de recreo, en las galerías, en todas partes, se nota la más esmerada puntualidad, el orden más perfecto, la solicitud más exquisita. Cuanto la ciencia ha producido de útil y fecundo para combatir esa enfermedad que poéticamente se ha llamado *«eterna noche del alma»*, se ha recogido y almacenado allí como en el más perfecto museo. La clausura del manicomio se rompió ayer y pudimos admirarlo.

Digamos el motivo, aunque quedado queda más arriba. Ayer quiso celebrar el doctor Ezquerdo el decimoquinto aniversario de su propio establecimiento, y al mismo tiempo la magnífica instalación de luz eléctrica y el nuevo comedor. El alumbrado eléctrico se compone de 121 lámparas incandescentes y cuatro arcos voltaicos. El comedor es una extensa sala, alegre y ventilada, con 16 grandes ventanitas, por donde se describen las más pintorescas vistas del paisaje. Para celebrar este acontecimiento, el doctor reunió á su mesa gran número de invitados. Hubo muchos y entusiastas brindis en obsequio del ilustre anfitrión. Este brindó también, justamente emocionado. Para que supiéramos—dijo—todo lo que siento, tendría que abrir de par en par las puertas del pecho y enseñaros mi corazón palpitante. También habló en nombre de los enfermos, D. Francisco López, opulento banquero de Córdoba, expresado con elocuente sencillez la gratitud de todos por las atenciones de que era objeto. El médico y el enfermo se abrazaron, en medio de los aplausos de todos los invitados. Estos abandonaron el manicomio á la una de la noche, cuando aun lucía aquel su grandiosa iluminación de palacio fantástico. P. ROVIRA.

## ECOS DEL MUNDO

Al volver del Congreso. Una mujer, una de las más ardientes defensoras de los derechos de su sexo, sostiene, al volver del Congreso femenino, el siguiente diálogo con su paciente marido: «Ella.—¿Qué bueno y qué amable has sido al permitirte que asista al Congreso? Hemos estado sublimes: yo he condenado la esclavitud en que viven mis hermanas; las ha decidido á votar que en adelante... El.—No mentas; no permito que me toques por el tonto. Atrévete á sostener que vienes del Congreso. ¡Vuelve á las dos de la madrugada y pretendes que des crédito á tus cuentos! Ella.—Es que la sesión se ha prolongado porque... El.—La conozco; me la sé de memoria esa contestación. Te la he dado yo mil veces cuando volví tarde. ¿Se ha prolongado la partida en el circolo? ó bien... Ella.—¿Qué habíamos previsto...? El.—¿Qué tiempo del que habíamos previsto...? Ella.—¿Qué cosas! Ninguna; siempre me recibías armádomelo un escándalo. No te asombres ahora de que yo haga tu papel, puesto que tú me has usurpado el mío. Ella.—¿Te juro que... El.—Si, el juramento también lo conozco. ¡Como le recibías tú cuando yo le hacías! De un modo irónico, burlándose de mí, y seguitas endosádomelo sarcasmos á merced, dándas injurias. Ella.—¿Pero yo puedo portarme... El.—¿Qué? Me dirás que se te olvidó la hora, que no podías salir la primera, que tus amigas te han detenido? ¡Todas esas excusas son las mías! Cuando se pasa bien, es fácil olvidar á quien hora arribado al hogar solitario y cuenta las horas muertas mediendo la cuna de su hijo. Ella.—¿Pero que dice? El.—No hazgas caso; es una de tus antiguas frases que me vienen á la boca. Una de las que te he oído durante los diez años que llevamos de casados. Ahora te toca á tí el escucharlas.

## DIARIO DE MADRID

### ALMORZADA

Sanctos del día 24 de mayo.—Nuestra Señora del Auxilio de los cristianos, San Rostrosiano, mr. y el Bc. Juan de Prado. Sale el sol á las 4'33; pónese á las 7'20.

### CULTOS PARA EL 24

Se gana el jubileo de Cuarenta Horas en el Carmen, y continúa: las funciones á Santa Rita, predicada en la misa del señor Gamiz, y por la tarde el señor Chamán, después de completa procesion de reserva. En San Pascual, jubileo perpetuo de Cuarenta Horas. En las Nipas, Leganés siguen las fiestas de Santa Rita; orador en la misa señor Mombona, y por la tarde señor Yague. En Santa Isabel continúa la novena de Santa Rita, por la tarde dirá el sermón el señor Sarmiento. En San José sigue el novenario del Amor Hermoso; orador señor Reina, y por la tarde señor Sarmiento. En San Ginés sigue el novenario de María; predicando los Fr. de la Compañía. En San Martín, solo por la tarde, señor Manzanos. En los Plámenos, el señor Vigier. En las Carboneras, señor Quintana. En las Recoletas, señor Lagranja. En San Miguel (antes San Justo) continúa el novenario de San Pascual Bailón; orador el P. Rafael Mucino. En San Antonio de los Baños, misa y manifestación con todos los carnes. La misa y oficio divino son de Nuestra Señora Auxilio de los Cristianos. Visita de la Corte de María.—Nuestra Señora de las Mercedes en Alarcón, ó en San Millán, ó de la Paz y Caridad en Nuestra Señora de Gracia.

### ASILOS DE LA NOCHE

En el costado por el señor Santa Ana en la calle de Acelerios, núm. 18 (Cuatro Caminos) han tenido alrigo, cama y sopa en la noche del 22 de mayo, 46 hombres, 14 mujeres y 4 niños.—Total, 64.

### CONSUMOS

Recaudado en el día de ayer, 42987'94 pesetas. Diferencia en menos con igual día del año anterior, 442'00.

### GOBIERNO MILITAR

Servicio de la plaza para el día 24 de mayo.—Araucá: seguido natalion de Balears. Jefe de día: Señor comandante de Pl. D. German Brandeis. Jefe de noche: Sr. comandante de Mallorca, D. Manuel Bueno. Visita de hospital: Balears, quinto capitán. Reconocimiento de provisiones: S.º Divisionario, tercer capitán. Vigilancia para la primera y segunda zona, á las ordenes del señor jefe de día primero y segundo capitán Covarronga.

## BIBLIOTECA DE LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA.

Daba horror veris. Sus ojos echaban chispas. Simón la apacigó, haciéndole señas de que se calmara. —Déjalo—indicó él con dulzura.—Retira ese fusil. Ese hombre es un amigo. Después de todo, ellos cumplen con su deber. No hay más que hablar. Labranche sostenía la liebre sin ocuparse para nada de la *«Bigornia»*. No era bueno, pero sí valiente. —Y dos nada menos—exclamó el guarda.—¿Será la mujer quien las haya robado? —No; he sido yo—contestó resueltamente Simón,—y lo he hecho la noche pasada en mi recinto. Es preciso defenderse; ya podreis calcular... De otra suerte, nos devorarían vivos. La *«Bigornia»* obedeció á su marido. Apretaba el fusil, no sin haberlo desarmado, entre sus brazos, cual si temiera que los guardas volvieran á apoderarse de él. Pero los guardas no pensaban en semejante cosa. Se ocupaban en registrar los haces y troncos colocados en el rincón. —No digas nada—dijo Simón en voz muy baja á su mujer.—Estoy cogido. ¡Así está el cuerpo del delito! En efecto, allí estaba. Labranche descubrió otra pieza y la tiró por los aires. —¡Una hembra!—exclamó—¡Qué destrucción! Tres de un golpe. Esto debe pagarse caro. La justicia se encargará de ello. —Sea. —Habrá cárcel para algún tiempo. —Vamos á ver, Labranche—repuso la *«Bigornia»*—el bosque es inmenso... Si no os cogieran algunas liebres, estas acabarían por comerlos. Fijaos en mi hombre. No tiene vida, ni para dos días. ¡Solo le quedan huesos y pellejo! ¡Está enfermo! —¿Enfermo y corre como un ciervo! —¡Carabao, cuando se tiene miedo!... —Queréis, pues, acabar con él? —No quiero nada. Cumplo con mi deber y de lo demás no me ocupo. —¿Si va á la cárcel, en ella se quedará! —Menos trabajo para nosotros. Corriendo tras él nos exponemos á pescar una pleuresía, por lo menos. —¡Vamos, Labranche! Un impulso generoso! El guarda se encogió de hombros. —Os dejó los animales. Preparaos. El pro-

## LA LEYENDA DE CHEVAGNES. 11

—¡Santo Dios!—exclamó—debi haberme figurado. Sus frecuentes paseos á Guéaux-Biches, sus conversaciones en el bosque con la muchacha no eran más que para perderla. Se rasó la oreja, apretó los labios, dirigió una mirada al haz, dentro del cual dormían las liebres, é indecisa, adelantó unos pasos para cerciorarse de que nadie la observaba. Pero variando de parecer, lo colocó en el barranco, y llamó á la ventana. Al principio nadie contestó: Llamó de nuevo y gritó: —¡Señora Fargeas! La voz de la *«Bigornia»* era enteramente varonil y ronca; esto último no es de extraño, toda vez que la infeliz pasaba las noches á la intemperie y acostándose junto al primer matorral que hallaba al paso. Solange la conocía mucho. La *«Bigornia»* no iba nunca á Guéaux-Biches sin detenerse en casa del guarda, casa hospitalaria por excelencia para ella y para todo el mundo. Al cabo de un instante se abrió la ventana. —¿Sois vos, Simona?—dijo la joven. —Sí, soy yo—contestó la mendiga, mirándola fijamente con aquellos ojos claros, que brillaban como los de un basilisco. —¿Qué se os ofrece? —¿No está ahí tu madre? Para la *«Bigornia»*, la hija de Fargeas era siempre la niña que vio nacer. —No. —¿Dónde está? —En Chevagnes: ha ido á casa de los Tremor. —¡Buenos amigos vuestros! —Como de todo el mundo—añadió Solange, queriendo aturdirse con sus propias palabras. —Y muy buena gente; rica, considerada...—repuso la *«Bigornia»*—¿Qué ha ido á hacer tu madre en casa de los Tremor? —Fué en busca de provisiones. —Bueno. ¿Y tu padre, tampoco está ahí? —No. —Es verdad. Lo distinguí desde el valle Riout, con ese Labranche, que parecía quererle alejar de estos lugares... ¡No sé dónde ni cómo tengo la cabeza! Estoy perdiendo por completo la memoria. ¡De suerte que estas cosas solo poco há?... Solange se ruborizó. —¡Sol!—contestó titubeando—va lo creo. —Es raro. Déjame en tierra y me senté para tomar aliento. —Y... preguntó la joven. —Nada, que me pareció haber oído hablar en la casa. —¡Ah! ¿Cristeitis? —¡Una idea! Hasta se me figuró oírte llorar en el momento mismo en que yo salía del bosque. Y ahora que ya he descansado, voy á continuar mi camino. Pero me siento débil. —¿Queréis un vaso de vino?—preguntó Solange. —Vino? Eso nunca se rehusa. Pero no quiero sino una gota. —Entrad, Simona. La mendiga no deseaba otra cosa; y no se hizo de rogar. Entró más pronto de lo que Solange pensara. La pobre muchacha, en su aturdimiento, olvidó cerrar la puerta. En la lucha que sostuvo con el conde, cayóse á este, cerca de la misma puerta, un tarjetero que tenía grabada una corona. La *«Bigornia»*, agachándose precipitadamente, lo recogió y se puso á observarlo fingiendo curiosidad. —¿Qué es esto?—preguntó, acercándose mucho á los ojos.—¿Qué bien huele esta piall! Y tiene una corona! ¡Veo que recibes visitas que valen la pena, niña mía, mientras tu madre está ausente. Ya no me extraña ver siempre al conde por estos alrededores. Tus hermosos ojos lo atraen. Está bien. Pero será preciso ocultar tus aventuras. ¡Si Fargeas las supiera, no las aprobaría, de fijo, y fuera muy sensible causarle semejante pena. ¡Un hombre tan honrado como él! ¡Tan distante de ese ladrón de Labranche, que está de centinela mientras su amo engaña á las muchachas! Lágrimas de despecho arrasaron los ojos de Solange. —Comprendo que sabéis más de lo que parece—repuso la muchacha.—Lo he comprendido en seguida por vuestra actitud. No sois de esas á quienes se engaña fácilmente, Simona. Tomad, bebed, y no os priveis de nada. De sobra sabéis que mientras haya un pedazo de pan en Guéaux-Biches, es para partirlo con vos. Así lo desean mis padres. ¡No tienen nadaosyo! Y Solange colocó sobre la mesa una suculenta merienda que la pobre mujer devoró con deleite. —Esto es exquisito—dijo, saboreándolo.—Da la vida. Me siento revivir.

Ella.—¡Qué atrocidad!
El.—¿Por qué? ¿Me has herido? ¿Aho-
ra quieres cambiar los papeles sin darme
una moneda que me pague el dolor?...

El Board of Trade, de Londres, ha pu-
blicado la estadística de las personas
muertas o heridas a consecuencia de los
accidentes ferroviarios ocurridos duran-
te el año de 1891 en el Reino Unido.

EL PAIS Y EL GOBIERNO

La Exposición internacional de Bellas
Artes que se celebrará en Madrid será
notable, porque se preparan para conser-
var con sus obras los primeros maestros
de la pintura y la esculptura contemporá-
neas.

Según se decía hoy, los diputados
cubanos de unión constitucional que figu-
ran en el partido conservador no harán
oposición de ningún género al presupuesto
de Cuba, limitándose alguno al exa-
men de los impuestos sobre el tabaco y
el azúcar, impuestos que la discusión de-
mostrará que son mucho menores que los
mas fáciles y menos onerosos que pesan
sobre la masa contribuyente de la Penin-
sula.

Hay se han reanudado los trabajos en
los asileros del Nervión.
Parece que la Academia de Bellas Artes
no es enemiga de las reformas pre-
vistas y una acordada por el Ayunta-
miento en la plaza de la Cibeles, si bien
se cree que, lo mismo que se haga en este
extremo del Prado, deberá también ha-
cerse en el extremo donde está la estatua
de Neptuno.

En el proyecto de ley sobre canje de
billetes de Cuba, se establece que se haga
el cambio al 50 por 100 como máximo.

SERVICIO TELEGRAFICO

EXTRANJEROS
Noticias de anarquistas.
París 22, 11'45 a.
En Saint Etienne circula el rumor de
que han llegado anarquistas extranjeros,
y entre ellos está también Gustavo Mat-
thieu.

Noticias de Argel aseguran se encuen-
tran invadidas por la langosta las pobla-
ciones de Suda, Gugarille, Nattigues,
Yambaa y Zerada.—Daxiel.
Buque de guerra.
Londres 22, 11 a.
Telegramas de Río Janeiro anuncian
haber sido enviado el acorazado Sabini-
no para combatir a los rebeldes.—Daxiel.

El decreto firmado por el gobernador
general el día 20, prohibe la entrada en
Argelia de animales de la especie bovina,
procedentes de España, y carnes frescas
de la misma especie.
Los colonos y la prensa acentúan su
furor contra las procedencias españolas.
Dicen que la prueba de las ventajas que
para Francia tiene el proteccionismo, es
la compra de los productos agrícolas de
los demás países que se hacen para la
aplicación de las tarifas.—Fernández.

Las elecciones y la feria.
Córdoba 22, 6'40 t.
No se habla más que de elecciones y de
la feria. Respecto a las primeras, comen-
tase mucho la estancia en Madrid de los
jefes del partido conservador local, se-
ñores condes de Torres-Cabrera y de
Cárdenas. Créese que como consecuencia
de este viaje, el último de dichos señores
retirará su candidatura por la circuns-
cripción, presentándose candidato por
otro distrito que quedará vacante, por

El ministro de Obras Públicas ha vuel-
to a Lisboa.
Se aguarda con impaciencia el resul-
tado del convenio con los tenedores de
nuestros fondos en el extranjero.
Bélgica.
Bruselas 22.
Los católicos de Lovaina, que han obte-
nido el triunfo en las elecciones provin-
ciales, realizaron una manifestación.
Perseguidos con gritos y silbidos por los
liberales, produjeron una colisión, de la
que resultaron algunos heridos, uno de
ellos gravemente.

LOS MINISTROS EN ARANJUEZ

El proceso de los dinamiteros adelanta
en su instrucción, y es probable que la
vista pueda celebrarse el 26 del mes pró-
ximo.
El procurador general es el encargado
de mantener la acusación pública.

El rey de Suecia, que viaja por Euro-
pa de incógnito, ha llegado a Biarritz es-
ta tarde.
Pasará la frontera y visitará San Se-
bastián y algunos otros puntos de Guipúzcoa.
Acaban de salir los ministros para Ma-
drid.
El Sr. Concha Castañeda se puso enfer-
mo al partir el rápido para este real sitio.
El general Beranger guarda cama en
Madrid.—Aguilar.

El nuevo ministro de Negocios extran-
jeros de Italia, M. Brin ha dirigido una
carta circular a los representantes de aquella
nación en el extranjero, manifestando
que su política será la misma que la de
su antecesor; es decir, la política de la
Bolsa.
El subsecretario, señor conde de Arco,
ha presentado la dimisión de su cargo, y
se ignora quién le reemplazará.—Aguilar.

El conde Herbertho de Bismarck con-
trató matrimonio en Viena el 22 de junio
próximo con la hija de los condes de
Hayos, llamada Margarita.
Es muy probable que asista a la cere-
monia nupcial el príncipe de Bismarck.
—Aguilar.
De tres a cinco han estado reunidos los
ministros bajo la presidencia de S. M.
El Sr. Cánovas informó a la reina de
los asuntos de gobierno, fijándose princi-
palmente en la solución definitiva dada a
la ardua cuestión de los Asileros de Bil-
bao, en los cuales rainará desde mañana
la más completa normalidad en los tra-
bajos.
Habla también el Sr. Cánovas del Cas-
tallo del curso de los debates parlamen-
tarios y del cálculo más probable respec-
to a la duración de las discusiones sobre
presupuestos en una y otra Cámara.
Como el número de preguntas que se
dirigen al gobierno no entorpece el curso
de las deliberaciones, no se cree por aho-
ra preciso apelar al recurso de las sesio-
nes dobles.
Los ministros pusieron después de la
firma de S. M. los decretos siguientes:
Gracia y Justicia.—Indultando a María
y Rafaela Alonso y Bula, a Eulogio Pri-
eto, Gabriel García Hernández, Demetrio
Martín, Felipe Pérez y García, Juan Gar-
cía Martín, Eustasio Fernández y Manuel
Pérez.
—Jubilando a D. Joaquín Astray, y
nombrando chantre de la catedral de
Tortosa a D. José Pensades.

El ministro de Obras Públicas ha vuel-
to a Lisboa.
Se aguarda con impaciencia el resul-
tado del convenio con los tenedores de
nuestros fondos en el extranjero.
Bélgica.
Bruselas 22.
Los católicos de Lovaina, que han obte-
nido el triunfo en las elecciones provin-
ciales, realizaron una manifestación.
Perseguidos con gritos y silbidos por los
liberales, produjeron una colisión, de la
que resultaron algunos heridos, uno de
ellos gravemente.

NOTICIAS

Ayer, en la calle de Fuencarral, fué de-
tenido Antonio Prado Riera (a) Anzani,
el cual momentos antes había robado el
reloj de A. Francisco Laguna.
La alhaja no fué recuperada.
A las once y media de la noche se
inició un pequeño incendio en una hater-
naria establecida en la calle de Atocha,
núm. 19 y 21.
Gracias a la pronta intervención del
cuerpo de bomberos, el fuego pudo ser
sufocado a la media hora, sin que las
pérdidas fueran grandes.

En el sitio del suceso se personaron el
gobernador civil, señor marqués de Ro-
garaya, y el delegado del distrito, señor
Garcés.
A las cuatro de la tarde de ayer, y
hallándose en marcha una máquina de
maniotras en la estación del Norte, atropeló
al mozo de la misma Eusebio Martínez
Roncero, fracturándole ambas piernas
y destruyéndole completamente los
pies.
Después de curado en el curio sanitari-
o de dicha estación, fué conducido al
hospital de la Princesa, donde continúa
en gravísimo estado.
—Por tentativa de estafa a D. Remigio
Pérez, comerciante establecido en la
calle de San Felipe Neri, núm. 2, principal,
fué detenido anoche un individuo llama-
do José López Clamare.
A las diez y media de la noche fué
detenido en la calle de Doña Bárbara, de
Braganza, núm. 16, cuarto bajo, José Ro-
dríguez Rodríguez, criado de D. Felipe S.
de Estéfani, por manifestar ésta que la
había estafado 800 pesetas.
A las dos de la madrugada rieron dos
individuos en la carretera de Extrama-
dura, resultando uno de ellos gravemen-
te herido de una puñalada.
El agresor fué capturado y puesto a
disposición del juzgado de guardia, y al
herido curado en la casa de socorro del
distrito de la Audiencia.
—Un hombre decentemente vestido,
que iba en un coche Ripper, se sintió
repentinamente enfermo, y conducido por
dos guardias de seguridad a la casa de
socorro del distrito de Buenavista, falle-
ció momentos antes de llegar a ella.
No ha sido identificado el cadáver, per-
o lo tanto que se le encontró en los
bolisillos fué un pañuelo con las iniciales
J. P. B.
—En la calle de Rokeque, núm. 2, una
mujer que estaba enferma, tomé, era-
do era una de las medicinas que le habían
recetado, una cucharada de morfina. An-
te la falta de tiempo por los médicos de
la casa de socorro, logróse contrarrestar
los efectos de la intoxicación.

BIBLIOTECA DE LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

Y poniéndose de codos sobre la mesa, y
mirando fijamente a la muchacha, añadió:
—No te equivocas; efectivamente, estoy
más enterado de lo que parece. Y he visto
salir a ese hombre, que se alejó tarareando
alegre canción. ¡Desgraciada niña!
—¡Oh, sí, muy desgraciada!—dijo Solange
rompiendo a llorar. ¡Ay, Simón, si su-
pieras!...
—Yno, te trastornó con sus promesas; lo
comprendo todo. ¡Pero no te había ya oí-
do decirte cuanto quisieras, una noche en
que os paseabais a la caída de la tarde, aún
en la encrucijada de Evites?
—Estabais allí?
—Yo no; Simón. ¿Qué te decía el conde?
—Que me llevaría a París, que no me fal-
tarían casa, joyas, trajes. En fin, palabras.
—Puede lo que quiere, ¡Es tan rico!
—No es su fortuna lo que deseo, sino per-
manecer en este pueblo y pasar una vida
tranquila cerca de mis padres... Y...
—¿Y de Román Tremor?
—Sí.
—Puesto que tanto te quiere, ¿cómo con-
di.
—¡Ay, Simón!
Solange prorrumpió en sollozos.
—Sí, comprendo, has sido débil... Es el
año...
—Estais equivocada.—dijo Solange con
viveza.
Entonces refirió a Simón todo lo ocurri-
do. La prueba estaba allí.
No había más que ver su descompuesto
semblante para comprender el dolor y la ver-
guenza que se habían apoderado de ella.
—¡Estoy perdida—exclamó—perdida com-
pletamente!
Simón trató de consolarla como mejor
pudo.
Poco después distinguieron a la señora
Berges, que venía camino del estanque.
La Bigornia se llevó un dedo a los labios,
impidiendo silencio.
—¿Qué hacéis?—dijo Solange, desespe-
rada.
—Callar y esperar. ¿Qué sacarías ahora
de hablar? Los Tauxay son poderosos, y tú
sabrías perdido; nadie te creería... Ven a
ayudarme a cargar el haz, y ocultar tus lá-
grimas.
Guardó el tarjetón del conde en el bol-
sillo, y salió seguida de Solange, en el mo-
mento mismo en que entraba la señora Ber-
ges.

ángel de Dios, al darme un vaso de vino, me
ha dado la vida, querida señora mía.
—Ya sabéis, Simón, que podéis disponer
de lo poco que tenemos—contestó la mujer
del guarda, sin fijarse demasiado en la men-
diga.
Una vez en el camino, la Bigornia recogió
del barranco su haz, y sin necesidad de que
Solange la ayudara cargó con él y continuó
andando, acompañada de la afligida joven.
Cuando se vio lejos de la casa del guarda,
examinó la cartera.
No contenía sino tarjetas, con el siguiente
nombre, precedido de un escudo de armas:
CONDE OLIVERO DE TAUXAY
Avenida Matagorda.
—Lávate los ojos con agua fresca, hija
mía, que no se te conozcan las lágrimas—di-
jo—y regresa despacio a tu casa. Yo vol-
vire y hablaremos. Adiós, monina.
De Guacua-Biches a la fragua de Simón,
hay, lo menos, tres cuartos de legua.
—¡Me sorprende—pensó la Bigornia al en-
trar en su casucha—que Simón no esté ya
de vuelta!
Y en seguida ocupóse en encender algunas
ramas secas para calentar el escaso almuerzo.
Poco después, como oyera que alguien
venía corriendo por detrás de la casa, se asomó
a la ventana que da al bosque.
Era Simón, que llegaba azorado, con aire
feroz, sin sombrero ni escopeta y con un cor-
zo sobre los hombros.
Escaló la ventana; de un salto se puso
en la cocina; escondió el animal bajo un montón
de leña, despojóse de la chaqueta que lleva-
ba porque tenía manchas de sangre, y a toda
prisa se puso otra completamente limpia.
Y sentándose en un taburete, frente al fue-
go cerca de la mesa, donde la Simona acaba-
ba de colocar dos arneses ahumados, pan
moreno y un cántaro de agua, adoptó la
tranquila actitud del más pacífico e inocente
campesino, que se dispone a almorzar.
Momentos después llamaron fuertemente
a la puerta.
IV
La Bigornia comprendió en seguida lo que
pasaba.
Con la mirada, con el gesto, Simón se lo
había revelado todo.

LA LEYENDA DE CHEVAGNES

Con la punta del dedo tocó a su marido en
la espalda, y luego, mirando en torno del
cuarto, se dirigió lentamente hacia la puerta.
Y en tanto, con el harapo que le servía de
pañuelo, limpió una mancha de sangre que
había caído sobre el arco de la cocina.
—¡Abrió la puerta, voto a mil diablos!—
gritó desde fuera una voz ruda.
Ella obedeció gruñendo.
—¡Paz, paz!
En tanto, el antiguo herrero, con un cu-
chillo en una mano, y el pan en la otra, mi-
raba irónicamente a los recién llegados.
Labranche se presentó sudoroso, sofocado,
rojo de ira.
—Os felicito—dijo—maese Simón, sois li-
gero como un ciervo.
—Hubiera desahogado a los guardas del can-
tón en la carrera con esperanza de ganar,
pero seguro de perder si vos hubiesis sido de
la partida.
Sentóse—dijo el cazador furtivo.—Hay
un taburete para vos.
—Efectivamente—dijo la mujer—porque
los alguaciles no quieren molestarse por nos-
otros. Por fortuna, Simón y yo nos casamos
previéndolo todo. Así es que conservamos la
cabaña; de otra suerte ya nos hubierais pue-
sto de patitas en medio del campo, ¿no es
verdad?
—No se trata de nada de eso—repuso el
guarda.—Hace un instante me hallaba yo en
la Chevagné, y de pronto un disparo. Ri-
bout, que estaba conmigo lo oyó también.
—¿Ribout?—dijo el cazador furtivo.—
¿Dónde está? ¿Lo habéis perdido en el cam-
pino, maese Labranche?
—Ese es asunto mío. Al momento de dis-
parar, el cazador emprendió la fuga.
—¿Se puso en salvo el infeliz?—interrum-
pió la Bigornia?
—A todo correr, y con una liebre a la es-
palda. Lo vi perfectamente y lo conocí.
—¿Lo conocí?—preguntó Simón, sin
perder detalle.—¿Luego os hablabais cerca
de él?
—No, muy lejos.
—Vamos, que solo os faltó echarle la mano
encima. ¿De qué lado venía?
—Dentro de un instante os lo dirán.
—De seguro que no sería de Chevagnés.
—¿Quién sabe!
—¡Son tan buenas gentes las de este lu-
gar!—dijo Simón muy dulcemente.—No se-
ría Labranche, de cualquier...

ESTADO ATMOSFERICO

La temperatura máxima del día 22, segun
el Observatorio de Madrid, fué de
21'7 grados; la mínima, de 14'4.
El día 23 en Madrid ha sido casi despe-
jado y no muy caluroso.
El termómetro de la mañana, Grassi, señala-
ba 14 grados a las siete de la mañana,
25 a las doce del día y 23 a las cinco de la
tarde.
El barómetro indica tiempo variable.
DEUDA PUBLICA
Pagos y entrega de valores:
Día 21.
Pago de intereses de acciones de obras
públicas y carreteras de 34 millones del
semestre de 1.º de enero último y anterior,
y de 55 y 3 millones de los venientes
de agosto de 1891 y abril del año ac-
tual; facturas presentadas y corrientes.
Idem de depósitos de toda clase de
fondos, carteras presentadas a anula-
miento hasta el día 20.
Día 22.
Pago de intereses de inscripciones del 3
por 100 del semestre de 1.º de julio de 1891
y carteras presentadas y corrientes.
Idem de las proposiciones admitidas en
la subasta de deuda del personal, celebra-
da el 20 de abril último.
Día 23.
Pago de intereses de toda clase de deu-
da del semestre de 1.º de julio de 1891
y anteriores (excepto obras públicas, carre-
teras e inscripciones), atrasos de 1.º de
julio de 1874, y reembolso de títulos del 2
por 100 amortizados en todos los años;
facturas presentadas y corrientes.
Idem de facturas de cinco vencimientos,
residuos del 2 por 100 amortizable interin-
tural del Tesoro, nueve últimos decimo-
mos, y resguardos de recibos y de residuo
del empréstito de 175 millones de pesetas
comprendidos en anuncios anteriores que
no se hayan presentado al cobro.
Pago de intereses de depósitos de toda
clase de deudas, carteras presentadas a
cancelación hasta el día 31 del actual.
Día 24.
Entrega de títulos de deuda perpetua al
4 por 100 interior y exterior, emisión de
1883, procedentes de conversión del 2 por
100, ferrocarriles, inscripciones y residuo
del 2 por 100, que no se hayan recogido a
pesar de los llamamientos hechos al
efecto.
Idem de valores depositados en avales de
los Havas, procedentes de creaciones,
conversiones, renovaciones y canjes.
REUNIONES
La Sociedad Española de Higiene cele-
brará sesión científica y pública para
continuar la discusión del tema: "Higiene
de los cementerios", mañana martes, 24
de la noche de la noche, en su local, Mon-
te-Ros, 32, bajo.
A las ocho y media en punto de la ma-
ñana de mañana se celebrará la sesión
científica para acordar el tema que ha de
anunciarse en el concurso de premios del
presente año.
El martes 21, a las nueve y media de la
noche, dará en el Ateneo de Madrid el
señor marqués de Cerralbo la conferencia
sobre el descubrimiento de la vacuna de
Mojibamba sobre el tema: "Viriatos de
México".

LA LEYENDA DE CHEVAGNES

tan gran perjuicio, solo por una bestia que
se come todo el sembrado.
El guarda, al hablar, miraba intrigado en
torno de la casa.
El rincón donde estaba escondido todo lo
que el otro trajera, y el haz de la Bigornia,
le ocupaba más que nada, y no podía apartar
de ahí los ojos.
Ella lo notó, y con mucha naturalidad
sentóse encima, procurando arreglar la falda
de manera de ocultarlo debajo.
Fué una operación poco afortunada.
El haz, casi desahogado, rodó por el suelo.
Labranche se abalanzó a él, y sacado una
liebre por la oreja—preguntó:
—¿Qué significa este animal?
—Esto,—dijo tranquilamente la Bigornia;—
es un mal bicho, que nos estropeaba el jar-
dín. No hay ningún mal en ello; se que no
es crimen destruir las bestias que tanto per-
judican.
—Es bonito, este jardín—dijo el guarda—
señalando el inculto terreno donde los árbo-
les parecían esqueletos.
—¿Qué queréis, Labranche?—repuso ella.
—No se puede sembrar nada por causa de
las dichosas liebres.
En este momento apareció otro guarda.
Simón no se inmuto.
Pero la Bigornia, furiosa, exhaló un grito.
—¡Santo Dios!—dijo—los ladrones esos
han descubiertos su fustil. ¡Estamos perdidos!
Y antes que el recién llegado tuviera tie-
mpo de oponerse, ella se precipitó y arrancó
de manos del guarda, el fustil de su marido,
y cogiólo por el cañón, sin fijarse en el ries-
go que corría.
—¡Con lo que ganamos nuestra vida!—ex-
clamó—rujiendo como una leona.
—Es una desgracia—dijo el marido,—lan-
zado una feroz mirada a Labranche.
—Ya tenemos al cazador—repuso el guar-
da—ahora falta la caza.
—La Bigornia, temerosa, feroz, se ha-
bía parapetado, con el fustil al hombro, en-
tre los guardas y el montón de leña, dispu-
sta a defenderse a toda costa.
Y sacando la otra liebre del haz, la arrojó
a diez pasos de ella y a los pies de Labran-
che.
—Estoy en mi casa—exclamó.—No tenéis
derecho a estas pesquisas. Confesad, maese
Labranche, que nos tenéis mala voluntad y
no perdonáis medio de buscarnos querrela.
Estais egoísta. Si toca la liebre, disparo.
Y amartilló el fustil.



